ampolleta y la moneda consagrada á Caron, se encerraron en uno de los tres nichos. Se derramaron flores sobre el sepulcro, y se le rodeó de muchas lámparas.

Concluido el sagrado deber de los vivos para con los que han fenecido, la comitiva se dirijió al *Triclinium Fúnebre.*

El *Triclinium Fúnebre,* como su nombre lo indica, era el sitio destinado para celebrar la última comida que se daba para honrar al difunto.

El cortejo, siguiendo á los sacerdotes, penetró en este sitio consagrado al último banquete, pasando por una puerta que da á la *Calle de las Tumbas.*

El interior era, y es, un recinto descubierto, de forma irregular.

Las paredes que lo rodeaban se veian decoradas con pinturas elegantes y graciosas, hoy por desgracia maltratadas, representando animales y plantas.

Tres lados estaban, como se ven actualmente, ocupados por otras tantas *camillas* inclinadas hácia el exterior, las cuales daban el nombre á la pieza.

En el centro se veia, y se ve, un gran objeto cuadrado, destinado á servir de mesa.

Las *camillas,* lo mismo que la mesa, eran de piedra maciza, revestidas de estuco.

Delante de la mesa se veia, y aun se conserva, un altar sobre el cual se hacian las libaciones á los manes y á los dioses infernales.

Los esclavos cubrieron la mesa con un blanco lienzo, y las *camillas* con blandos almohadones.

Los sacerdotes y gran parte de la comitiva se sentaron, dejando libre un lugar para el difunto, pues el culto de los antiguos habia llegado al mas alto grado de supersticion.

Algunas veces, durante la comida, se colocaba sobre la mesa la urna coronada de flores que contenia las cenizas del finado.

En tanto, pues, que los que habian acompañado el cadáver se quedaban, para participar con los sacerdotes del banquete funerario, Ione y sus mugeres se dispusieron á volver al centro de la ciudad.

La hermana de Apoicide, triste y abatida, se retiraba lentamente.

Al dejar la calle de las Tumbas dirijió la vista por la última vez hácia el sepulcro en que descansaban los restos de su querido hermano, y sus ojos tropezaron con un ser, que de pié, con la vista fija en el cielo y los brazos levantados, se hallaba junto al mausoleo.

Aquel ser era la desventurada Julia, que al ver solo el sepulcro, habia bajado de la pequeña altura en que poco antes la vimos.

La luz del sol que bañaba su rostro, dejaba ver claramente en la mirada errante y vaga de sus ojos la enagenacion mental que se habia apoderado de ella.

Sus esclavas, aflijidas de aquel cambio terrible, la cercaban y trataban de tranquilizarla.

—¡Oh!..... dejadme..... dejadme!.....—exclamó arrojando hácia la espalda su flotante y rubia cabellera.—"¡No existe Apoicide!..... ¡No existe ya!".....

Ione se estremeció de dolor al escuchar aquellas palabras, y se alejó tristemente.

Julia, la bella hermana de Vitelio, agitando sus brazos y con la mirada siempre fija en el cielo, permanecia junto al sepulcro, como el ángel de las tumbas velando el reposo de los muertos.

Cuando los dolientes que se habian quedado á comer en el *Triclinium Fúnebre,* se retiraban, Julia permanecia aún al lado de la tumba.

CAPITULO XXXVI.

ARBACE VA AL ENCUENTRO DE IONE.—LOS HIJOS DE SALVIO Y EL HIJO DE LA VIUDA DE NAIM.—EL SEPULCRO DE APOICIDE.—LA HERMANA DE VITELIO.

Ione penetró en las calles de Pompeya, oprimida el alma de dolor.

Volvia á su casa para no volver á ver en ella jamas á su querido hermano.

Mientras ella iba entregada á sus tristes pensamientos, el encargado de honrar la memoria de Apoicide, disponia los juegos escénicos que debian celebrarse al siguiente dia.

La hermosa y afligida Ione, no pudiendo comprender el motivo que podia haber mediado para privar de la vida á su hermano, fijó su pensamiento en Glauco y en la terrible acusacion que sobre él pesaba.

La desventurada jóven no se atrevió á creer que el hombre á quien habia entregado su corazon, al que amaba con una pasion sin término, hubiese pagado su ternura con un crímen espantoso.

Inquieta y sobresaltada preguntó entonces á sus servidoras que iban á su lado, y que hasta entonces habian guardado sobre aquel asunto un profundo silencio para no aumentar su dolor, lo que en el público se decia; y por ellas supo que Glauco habia estado gravemente enfermo, que se hallaba preso en casa de Salustio, y que muy en breve debia aparecer delante del senado.

Confusa, fuera de sí, y sin saber apénas adonde se dirijia, apresuró el paso como por instinto. Tan pronto queria presentarse en casa del pretor para comunicarle sus sospechas, como anhelaba correr adonde se hallaba Glauco para consolarle, rodearle de atenciones y probar así que le juzgaba inocente.

Así entró en la ciudad.

Los edificios estaban abiertos, pero se notaba muy poco movimiento en las calles.

Dos niños de fisonomías angélicas que cruzaban la calle, detuvieron el paso al ver á la aflijida Ione.

Eran los hijos de Salvio.

—Es la hermana de nuestro hermano Apoicide, á quien vimos abrazar la ley salvadora de Jesucristo—dijo el mayor de los niños.—¡Dichoso él que ha vertido su sangre por la fe! Aunque niños, Olinto nos ha enseñado á despreciar la muerte y aun á desearla en servicio de Dios, y mi alma envidia la muerte de los mártires.

—¡Es tan bello confesar á Dios y bendecir su bondad, amor y misericordia!.....—respondió el otro niño.

En aquel momento se presentó un grupo de hombres que rodeaba una litera abierta, y que se detuvo ante la jóven.

Un hombre salió de aquel grupo, y Ione lanzó un grito al reconocer á Arbace.

Los dos niños prestaron atencion á lo que pasaba.

—Ione—dijo el egipcio con una dulzura hipócrita—perdonad si interrumpo vuestros dolorosos pensamientos; pero el pretor, temiendo que os veais implicada en el proceso de un hombre que no podeis impedir el sentirlo como vuestro futuro esposo, aunque sea el asesino de vuestro hermano, os ha confiado á los cuidados de vuestro tutor legal. Ved aquí el escrito que os pone bajo mi custodia.

—¡Retiraos, miserable!—exclamó Ione con entereza.—¡Tú eres quien ha asesinado á mi hermano! ¿Y á tus manos, humeantes aun con su sangre, es á las que confian su hermana?..... ¡Ah!..... tú palideces; tú tiemblas al pensar en los rayos de un Dios vengador.

—El dolor ha turbado vuestra razon—replicó Arbace, esforzándose en vano por recobrar su calma.—Os perdono vuestras insensatas palabras, y siempre me encontrareis, como hasta aquí, como el amigo mas seguro y mas adicto. Vamos, Ione, la litera os espera.

—¿Pero ignorais que esto no está conforme con la ley?—observó con entereza la hermana de Apoicide.—Lo que exijís es imposible. La ley ordena que durante los nueve dias que siguen á los funerales, los parientes del difunto no deben ser molestados en su casa, ni interrumpidos en su dolor solitario.

La observacion de Ione era exacta. Se tenia tal respeto hácia los deberes de la familia del finado para con este, que los parientes que debian cumplir con esos deberes, no podian, segun la ley, ser citados ante la justicia desde el primer dia de los funerales hasta el fin de la *purificacion de la familia* que era el noveno, á fin de que nada pudiese distraerles de sus piadosas funciones. Se podia decir que hasta ese dia no terminaban las ceremonias, puesto que en el noveno era cuando la urna que contenia las cenizas del difunto, y que habia sido solamente depositada, se encerraba definitivamente en la tumba para siempre, al son de lúgubres trompetas, que anunciaban que el último dia de los actos funerales habia llegado. A esto seguia la *purificacion de la familia*, esto es, de los parientes y esclavos del difunto. El heredero comenzaba por barrer la casa con verbena; encendia en seguida fuego en el *atrium*, arrojaba un poco de azufre en los carbones encendidos, y seguido de toda la familia, atravesaba varias veces esta fumigacion sulfurosa. Esta purificacion que cada persona que habia acompañado al cadáver practicaba en su casa, se llamaba las *denicales*, porque se celebraba en el décimo dia del fallecimiento.

Ione, pues, reclamaba con justicia su derecho; pero todo fué inútil. Arbace habia pre-

visto aquello, y por lo tanto, se habia anticipado, como hemos visto en otro capítulo, á solicitar del pretor la órden de llevar á la jóven á su casa.

—Veo con placer, querida pupila, que no ignorais la ley—dijo el egipcio con falsa sonrisa—pero vos no podeis hacer uso de ella. Ved aquí la autorizacion del pretor—añadió mostrándole un papiro—para que os conduzca inmediatamente á mi morada, donde os vereis á cubierto de las asechanzas que rodean el mundo.

Ione vió la órden, y comprendió que la resistencia hubiera equivalido á un escándalo. Reservándose, pues, para mas tarde el manifestar al pretor las causas que la acompañaban para desear vivir sola, contestó:

—Obedezco, pero protesto contra esta arbitrariedad.

—Acercad la litera—dijo Arbace á sus esclavos.

Ione se estremeció, y sintió que las fuerzas le faltaban.

Un minuto despues, el egipcio habia colocado á la hermana de Apoicide en la litera.

La jóven habia perdido el conocimiento.

Bien pronto desapareció á las miradas de las mugeres que la habian acompañado, y que quedaron inconsolables.

Los dos niños sintieron desgarrado el corazon con aquella escena.

—Donde no está la doctrina del Salvador—dijo el mayor—están la tiranía y las bastardas pasiones. Hé ahí, hermano mio, un sacerdote de Isis. ¡Qué diferencia entre su crueldad y la dulce mansedumbre de Olinto!..... Pero marchemos hácia la tumba de Apoicide para orar sobre ella: allí nos espera nuestro venerable patriarca, el santo hijo de la viuda de Naim, que parte mañana para Roma.

—Sí, marchemos, pronunciando el dulce acto de gracias que nos ha enseñado, y que los labios de nuestro amado padre pronuncian sin cesar.

Y los dos niños, llenos de sentimiento religioso, se dirijieron hácia la tumba de Apoicide, pronunciando en voz baja este salmo:

"Te glorificaré, oh Señor, por haberte declarado protector mio, no dejando que mis ene-
" migos se gozáran á costa de mí.

"Oh, Señor Dios mio, yo clamé á tí, y me diste la salud.

"Tú sacaste, Señor, á mi alma del infierno ó *sepulcro:* tú me salvaste, para que no caye-
" ra con los que descienden al profundo.

"Oh, vosotros santos del Señor, cantadle himnos, y celebrad su memoria sacrosanta.

"Porque de su indignacion procede el castigo, y de su *buena* voluntad pende la vida.—
" Hasta la tarde durará el llanto, y al salir la aurora será la alegría.

"En medio de mi prosperidad habia yo dicho: No experimentaré nunca jamas mudanza
" alguna.

"Oh Señor, tu *buena* voluntad es la que ha dado consistencia á mi floreciente estado;—
" apartaste de mí tu rostro, y al instante fuí trastornado.

"A tí, oh Señor, clamaré, y á tí, Dios mio, dirijiré mis plegarias.

"¿Qué utilidad te acarreará mi muerte, y el descender yo á la corrupcion *del sepul-*
" *cro?*—¿Acaso el polvo cantará tus alabanzas, ó anunciará tus verdades?

"Oyóme el Señor, y apiadóse de mí: declaróse el Señor protector mio.

"Trocaste, oh Dios, mi llanto en regocijo, rasgaste mi cilicio, (1) y me revestiste de gozo:

(1) O el saco de penitencia que llevaba.

"A fin de que sea mi gloria el cantar tus alabanzas, y nunca tenga ya penas. Oh, Señor "Dios mio, yo te alabaré eternamente."

Los dos virtuosos niños iban llegando al sepulcro, cuando vieron que tambien se dirijia hácia él, el venerable anciano hijo de la viuda de Naim.

El santo ministro del Señor marchaba con lento paso: los tiernos hijos de Salvio iban detras de él con profundo respeto.

La *Calle de las Tumbas* se hallaba solitaria.

La comida en el *Triclinium Fúnebre* hacia rato que habia terminado y que los concurrentes se habian alejado.

Al acercarse los niños y el sacerdote cristiano á la tumba de Apoicide, descubrieron un bulto al lado del sepulcro.

Era una jóven, sobre cuya blanca espalda flotaba en sueltas hebras el blondo y abundante cabello.

Al escuchar el ruido de los pasos, la jóven volvió la cabeza, y al verse sorprendida se levantó de súbito, llevó las manos á la frente, fijó con espanto los ojos en los que se acercaban, y huyó gritando: "¡No existe Apoicide!... ¡No existe ya!"... Y la desventurada Julia corrió desolada hácia donde se hallaban sus esclavas esperándola como ella les habia ordenado.

El sacerdote cristiano quedó conmovido con aquella dolorosa escena; pero mas tranquilo al ver á la jóven rodeada de sus esclavas, se llegó al sepulcro de Apoicide, y se puso á orar con profundo recogimiento y fervorosa fé.

Los tiernos hijos de Salvio se acercaron con respeto al sepulcro, y arrodillándose al lado del digno sacerdote cristiano, elevaron en silencio sus preces al Señor.

Entregados á aquel acto religioso permanecieron largo tiempo.

La desventurada Julia, les miraba desde el sitio en que estaba con sus esclavas, con cierta mezcla de asombro y de ternura.

El venerable hijo de la viuda de Naim, despues de haber orado con la viva fé del cristiano, colocó entre dos vanos adornos de la supersticion pagana una rama verde de palmera, emblema sepulcral de que se servian los cristianos. Cumplido aquel sagrado deber, se levantó.

Los niños de Salvio, conmovidos y llenos de profundo respeto, se acercaron entonces á él, revelando en sus semblantes la dulce emocion que embargaba sus almas. El santo sacerdote cristiano les abrazó con paternal ternura, les besó en la frente, y tomó con ellos el camino de la ciudad.

Julia les miraba alejarse sin apartar de ellos la vista.

Al verles desaparecer, corrió hácia el sepulcro ordenando á sus esclavas que no la siguiesen y que la esperasen.

La jóven fijó sus ojos en la tumba, y pareció asombrarse de ver allí la verde rama de palmera.

Entonces con una especie de insensatez, sacó una tableta que llevaba oculta, trazó sobre ella con un punzon algunas palabras, la estrechó contra su corazon, la colocó en el sepulcro, corrió de nuevo á reunirse con sus esclavas, y desapareció entre los árboles sonriendo dulcemente como si ante sus ojos se presentase una vision celestial.

Al siguiente dia, cuando el sacerdote de servicio volvió á visitar el sepulcro con nuevas ofrendas, halló, al lado de la verde rama de palmera puesta por el ministro cristiano, una tableta escrita. El sacerdote fijó los ojos en sus renglones, y leyó estas palabras: "¡No existe Apoicide!..... ¡No existe ya!".....

CAPITULO XXXVII.

EL AMOR DE UNA MUGER.—LA VÍCTIMA DE UNA PASION OCULTA.—LA CASA DE ARGOS.

Estamos en un edificio de la ciudad de Herculano, conocido hoy con el nombre de *Casa de Argos* por una pintura que se encuentra en sus paredes representando á *Mercurio delante de Argos y de Io*.

En una de las piezas de esta bella habitacion, que aun no está enteramente desenterrada, se encontraba una jóven pálida, estenuada y abatida, acompañada de dos hombres que se hallaban sentados, uno á los piés y el otro á la cabecera de su lecho.

El semblante de aquella jóven estaba velado por un tinte amarillento particular y trasparente; sus ojos apagados y hundidos se veian cercados de una sombra oscura que los hacia aparecer aun mas ocultos en sus órbitas; en su rostro seco y macilento se marcaban pronunciadamente los pómulos, indicando el grado de aniquilamiento en que se hallaba; y en sus finos y delgados labios parecia no desleirse ni una sola gota de sangre, á juzgar por la blancura y palidez extremas que en ellos se notaba.

Y sin embargo, aquella jóven, en medio del aniquilamiento en que estaba, en medio de su palidez y de su extrema postracion, dejaba conocer que habia poseido una hermosura soberana y una gracia cautivadora.

El hombre que ocupaba la silla que estaba en la cabecera del lecho, era un jóven de una belleza varonil notable, de cabellera blonda y de modales distinguidos.

El que estaba á los piés era de avanzada edad, pero de fisonomía noble y franca.

Ambos tenian fijos los ojos en el rostro de la enferma, y parecian estar pendientes de sus mas leves movimientos.

De repente palidecieron los dos.

En el semblante de la enferma se extendió súbitamente una sombra mortal, la infeliz hizo un movimiento para incorporarse en el lecho; pero no pudo. Una tos seca y cavernosa que le sobrevino en aquel momento, la obligó á permanecer quieta.

—¿Qué quieres, Julia?..... ¿qué quieres, hermana mia?.....—exclamó con cariñoso acento el jóven, inclinándose sobre la enferma.

—¡Nada!..... Vitelio..... nada.....—dijo mas bien con el aliento que con las palabras, y respirando con dificultad la jóven.

Vitelio, afligido, estrechó la mano de su hermana y la besó en le frente.

Julia le envió una mirada de gratitud por aquella manifestacion de cariño que los enfermos saben apreciar como el bien mayor de la tierra.

Poco despues, la jóven, fatigada y débil, fué cerrando los ojos y se quedó como dormida. Un sudor abundante brotaba de sus poros de medio cuerpo para arriba.

Vitelio, al verla reposar, se levantó de su asiento, y se acercó á una ventana cuya vista daba al mar.

Sus ojos estaban arrasados de lágrimas.

El anciano se acercó á él.

—Tu afliccion, sobrino mio, aumenta la mia y me desgarra el corazon. Es menester conformarse con la voluntad de los dioses.

—¡Oh!.... ¿por qué la llevé á Pompeya en los instantes de las exequias de Apoicide?.....

—¿Podias tú saber que existia esa pasion oculta hácia el hermano de Ione?..... Supo que ibas á ver á Glauco en su desgracia, y te suplicó que la llevases á Pompeya.

—¡Oh!..... sí.....—Y Vitelio quedó meditabundo y en el mayor silencio.

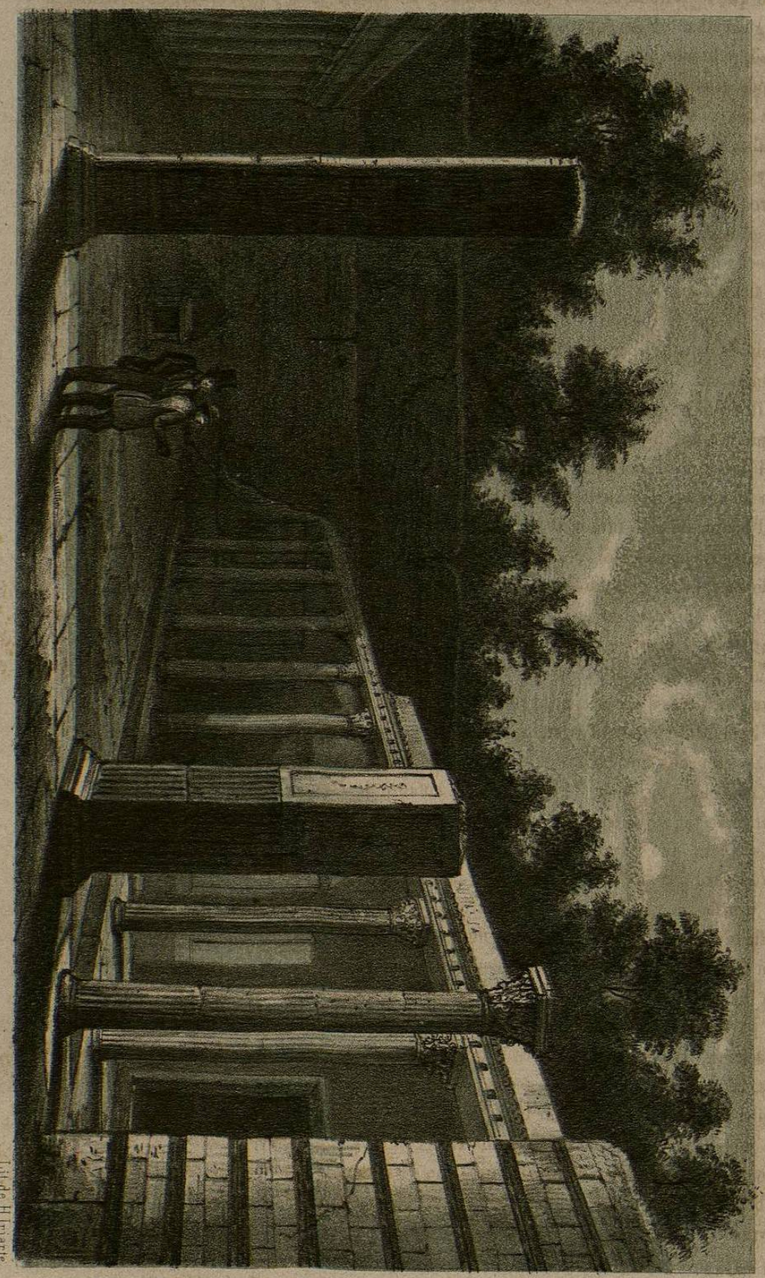
Con efecto, él no era culpable de la terrible situacion que guardaba Julia.

Vitelio, al saber la muerte de Apoicide y la prision de Glauco, se dispuso á visitar á este último para ofrecerle cuanto estuviese de su parte, no creyéndole culpable. Julia, á quien aquella noticia afectó horriblemente, pero que supo disimular el dolor que la oprimia el alma, manifestó á su hermano deseos de marchar á Pompeya para distraerse, como de paseo; pero en realidad no era sino para ver, aunque fuese muerto, á Apoicide. Julia habia concebido por este jóven una pasion vehemente, durante la permanencia de este en su casa al visitarlos con Glauco y Salustio, en Herculano. La indiferencia que el hermano de Ione manifestaba por todo lo del mundo; el afan con que buscaba la verdad; su belleza, su modestia y su recto juicio en tan corta edad, impresionaron el corazon de la jóven de un amor que nunca podria encontrar correspondencia, puesto que Apoicide vivia para el estudio y no para el amor.

El hermano de Ione ignoraba que hubiese inspirado aquella pasion, y viendo en Julia un ser menos frívolo que los otros, preferia su conversacion, para hablar de todo aquello que conducia á la investigacion de la verdad que él buscaba.

Julia sentia aumentar su amor con aquella preferencia con que la distinguia Apoicide, y su pasion fué creciendo á medida que pudo apreciar sus bellas cualidades. La misma indiferencia de Apoicide hácia todo sentimiento terrenal, era un incentivo para el corazon de la jóven.

La hermosa hermana de Vitelio, la que habia escuchado hasta entonces con indiferencia las declaraciones amorosas de la juventud de Herculano, sentia devorado su corazon por un amor que encerraba en su alma, porque comprendia que nunca seria correspondido.



CASA DE ARGOS EN HERCULANO
(Despues de las escavaciones)

Lit. de Hinarte

Cuando Apoicide dejó á Herculano para volver á Pompeya con Salustio y Glauco, Julia sintió que le faltaba la vida; pero disimuló su dolor, y nadie comprendió el amoroso afecto que guardaba. Poco á poco se la vió abandonar las reuniones, retirarse del trato de la sociedad, y buscar la soledad del jardin para no verse interrumpida en sus pensamientos.

Todo el mundo ignoraba la causa de aquel cambio operado en el carácter de la jóven, y ni su tio, ni su mismo hermano llegaron á conocerla.

Julia, devorando en silencio su amor y encerrándole dentro del pecho con la llave del pudor y de la delicadeza, sintió los efectos en su corazon, que empezó á enfermarse visiblemente.

A esta afeccion íntima y dolorosa, siguió bien pronto una tristeza mortal y una opresion de pecho que destruyó su naturaleza. La terrible enfermedad de tisis se agregó á la dolorosa del corazon.

El dia que recibieron la noticia del asesinato de Apoicide, estaban comiendo, y Julia palideció de espanto; pero bastante fuerte para dominarse, disimuló el profundo dolor que la oprimia.

Vitelio dispuso pasar inmediatamente á Pompeya, y Julia le suplicó que la llevase en su compañía para distraerse visitando á algunas amigas.

El dia de los funerales, Vitelio habia ido á ver á Glauco á su prision, y Julia, acompañada de sus esclavas, salió á presenciar la ceremonia fúnebre del hombre que amaba.

El lector vió á la infeliz seguir paso á paso el cortejo fúnebre, y atacada súbitamente de una enagenacion mental al ver desaparecer el cuerpo de Apoicide entre las llamas, huir dejando escapar un grito doloroso.

Ahora es preciso que sepa lo que hasta el momento en que nos encuentra esta historia aconteció á la amorosa jóven.

Julia, despues de algunas horas de estravío mental, recobró su razon; pero débil, y agotadas sus fuerzas, sintió que le faltaban la respiracion y la vida.

Vitelio, aflijido por la triste situacion de su hermana, la condujo á Herculano en una litera, y creyendo que las brisas de la mar podrian influir en su salud, la llevó á vivir al edificio conocido hoy, como he dicho, con el nombre de *Casa de Argos*, propiedad tambien de su anciano tio, dejando la de los papiros en que la vimos en un tiempo.

Esta casa, que hoy está casi en ruinas y cubierta aun de lava en gran parte, era la mas á propósito, por su bella temperatura, para la enferma, y por la capacidad y abundancia de sus ventiladas piezas. Eran estas treinta y tres en el piso bajo, sin contar el jardin, los pórticos y los patios: los pisos eran de mármoles preciosos, y las pinturas de las paredes de gran mérito. La parte alta contaba veintiuna piezas, la mayor parte en enfilada, disposicion bien rara en las habitaciones antiguas: casi todas abrian sobre un terraplen ó *solarium* con pavimento de mosaico. En estos altos se encontraron 1800 años despues, al hacer las escavaciones, una gran cantidad de comestibles, nueces, avellanas, huesos de ciruela, almendras, higos, pasas, dátiles, un pedazo de queso, trigo candeal, arroz, lentejas, habas, aceite en una botella cerrada con un tapon de alcornoque, miel en una taza de vidrio cubierta con una tapadera de hojas de árbol y una taza con cera. Entre los objetos de otro género, se encontraron muchos pendientes de oro, uno de los cuales estaba adornado de una gran perla, un brazalete de oro con doble cabeza de serpiente; diversos utensilios de bronce, de fierro, de vidrio, de tierra cocida, un trapo de limpiar que estaba doblado, y otras muchas cosas que seria prolijo enumerar.